

# NEO-ANTICLERICALISMO

«... siento el deber de llamar la atención sobre la crecida del anticlericalismo entre nosotros. Es muy español este fenómeno que ahora ofrece la novedad de proceder de dos aceras contrapuestas, las que en lenguaje vulgar apellidamos derecha e izquierda. Es ésta, una plaga de países creyentes, pero una plaga.»

Estas palabras son del Cardenal de Sevilla en una reciente pastoral.

Son muchos los que últimamente han dado la voz de alarma sobre el crecimiento del anticlericalismo en España. Más bien que crecimiento yo diría que el desplazamiento hacia un lado hasta ahora considerado como totalmente afecto al clero: el ala conservadora de los miembros de la Iglesia. Porque lo gracioso del caso es que mientras los viejos «comecuras» de antaño han cedido notablemente en su oposición al clero, los de derechas de toda la vida han sentido crecer dentro de sí y no tienen inconveniente en exponerlo, un sentimiento de desacuerdo, desconcierto y oposición a determinadas actitudes clericales que ellos consideran poco católicas.

La razón de esto es cla-

ra: estamos viviendo un desplazamiento de la mentalidad clerical hacia posturas de una mayor preocupación social y actitudes radicales de compromiso social y hasta político.

En toda España hierve cada vez con más fuerza el deseo clerical de dedicarse a los pobres y echar en cara a los ricos su estilo de vida.

¿Qué tiene de extraño que haya crecido un neo-anticlericalismo de derechas?

Dice el cardenal de Sevilla que el anticlericalismo «es una plaga de los países creyentes, pero una plaga». En España ha adquirido, desde siempre, una virulencia especial también muy explicable: El preponderante papel social ejercido por el clero a lo largo de la Historia le ha tenido siempre en candelero, para bien y para mal. La excesiva carga clerical del catolicismo español, la unidad oficial del país por lo que hace a la religión ha convertido muchas veces a los sacerdotes en algo así como «los magos de la tribu».

En nuestros pequeños

pueblos, el cura era una autoridad reconocida en todos los aspectos, por encima incluso del alcalde, del médico o el maestro. Lo mismo que el obispo ocupaba lugar preferente juntamente con el gobernador. Quien está alto recibe siempre los tiros. Aquí se ha sido y se es anticlerical, no sólo por ser creyente, sino porque el cura está en todas partes. Antes estaba sobre todo al lado de los poderosos y ahora quiere estar al lado de los pobres. Pero también alto, gritante, significado.

Mientras las cosas sigan así seguiremos «disfrutando» de anticlericalismos que unas veces serán de derechas y otras de izquierdas. Tanto monta.

Creo sinceramente que la solución del dilema..., «mañana», como en los calendarios. A la Historia no hay quien la pare y la Historia camina por una vía que muy pronto va a hacer a los curas mucho más inofensivo de lo que hasta ahora han sido. Dirgirán menos, hablarán menos, tendrán mucho menor significación para dejar su papel de portavoces en manos de la comunidad, de la que ellos son cabezas consagradas, pero nada más. El anticlericalismo decrecerá cuando haya menos clericalismo. Porque también se ha hablado inteligentemente del crecimiento de un clericalismo de izquierdas que considero tan desacertado como el de derechas. La Iglesia debe tomar una clara postura de apoyo y defensa del débil porque así lo exige el Evangelio y así actuó Cristo. Pero «la Iglesia», no don Fulano de Tal. Cuando crezca en la medida que debe crecer el sentido de comunidad en la Iglesia, cuando el seglarismo y el clericalismo se equilibren, morirá el anticlericalismo por consunción. Eso es lo que personalmente espero con toda mi alma.

La preponderancia excesiva del clero siempre arguye una lamentable minoría de edad en los seglares. Y en esta pintoresca feria de pim-pam-pum que es la rabla ibera contra «los de arriba», los primeros que caen son los que más destacan. Que los curas se abajen un poco y que los seglares suban otro poco. Y que nos den a todos, si quieren y si de verdad lo merecemos. Pero a todos, a la Iglesia, en la que los curas son importantes, fundamentales, pero no los únicos.